

Naturalismo y pederastia en Benigno Lugones

Mariano Oliveto

Universidad Nacional de La Plata

En este trabajo nos proponemos abordar la figura y algunas obras clave de Benigno Lugones (1857-1884), escritor y periodista argentino. En primer lugar, haremos una síntesis biográfica que permitirá ubicarlo en su contexto particular de producción: por un lado, la modernización del campo literario y periodístico; y por el otro, el proceso de institucionalización del saber científico. Nos detendremos en algunos momentos nodales de su vida: su paso como estudiante por la carrera de medicina, sus inicios en el periodismo y en los estudios sobre el lunfardo, y su trabajo como empleado de la Policía. En segundo término, nos vamos a centrar en las relaciones que Lugones estableció con la escuela naturalista. En este sentido, indagaremos en su ferviente adhesión a la escuela de Zola, y en sus vínculos con las asociaciones científico-literarias de fines de la década de 1870. Por último, nos introduciremos en uno de los textos liminares del dispositivo homofóbico en Argentina: “Pródromo a una descripción de la pederastia pasiva” (1879), en el que Lugones expresa un total rechazo por las prácticas (homo)sexuales anales. Además de analizarlo, lo pondremos en relación con otros discursos afines que se produjeron durante las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX.

Semblanza de un periodista moderno

Benigno Lugones resulta un caso singular en el periodismo argentino. En primer lugar, porque fue un precursor del periodista moderno, del cronista/reportero, junto con Julián Martel y Roberto Payró, entre otros. En segundo lugar, se lo considera el primer lunfardista dado que, en marzo de 1879, publica en *La Nación* un artículo titulado “Los beduinos urbanos (bocetos policiales)” en el que no sólo hace un inventario de los diferentes tipos de ladrones (el punguista, el escrucante, etc.) sino que además repone y explica el vocabulario de los lunfardos.¹ Este artículo, y el que publica al mes siguiente también en *La Nación*—“Los caballeros de la industria (bocetos policiales)”—en el que se ocupa de describir a los estafadores porteños, anticipa en varios años a los primeros estudios sobre el lunfardo, los cuales comienzan a aparecer durante las décadas del 80 y 90.² Luis Soler Cañas, en su libro *Orígenes de la literatura lunfarda* (1965), cita a Francisco Laplaza, quien en 1950 trazó “la biografía más completa conocida” hasta entonces de Lugones. Allí señalaba que fue un “auténtico y original iniciador de los estudios sociológicos acerca de los malvivientes porteños”, y agregaba que también le corresponde “el mérito de haber dado comienzo a los estudios sobre los lunfardos” (Soler Cañas 1965, 20).

La crítica especializada, tal vez, no se interesó lo suficiente por Lugones y sus artículos. Olvidados durante mucho tiempo, extraviados entre las páginas amarillentas de diarios y revistas que duermen en los repositorios, sus textos periodísticos y literarios fueron reeditados, parcialmente, recién en el año 2011, cuando la Biblioteca Nacional publicó en la colección *Los Raros*, una parte significativa de sus crónicas y folletines, precedidos por un extenso y esclarecedor estudio preliminar a cargo de Diego Galeano.³ Soler Cañas adjudica “la pesada lápida” que pareció caer sobre la

¹ Oscar Conde (2011) señala que, en el Buenos Aires de 1878, el vocablo “lunfardo” se utilizaba con la acepción de ladrón. Sin embargo, muy poco tiempo después, la palabra comenzó a designar a la jerga de los delincuentes. En marzo del año siguiente, Benigno Lugones utiliza la voz “lunfardo” para referirse al “caló de los ladrones”, a la jerga delictiva.

² En 1883, *La Crónica* publica un artículo anónimo titulado “El conventillo Aravena”, el cual aporta la más antigua definición del término *lunfardo* (Conde 2011, 89). En 1888, Luis María Drago publica un ensayo de antropología criminal en el que hace referencias a este vocabulario. En 1894 aparece *El idioma del delito*, de Antonio Dellepiane, uno de los textos más importantes del período sobre el tema. La obra venía acompañada de un pequeño *Diccionario lunfardo*, el primero publicado.

³ Cabe mencionar que José Gobello, en su libro *Lunfardía* (1953), publicó “Los beduinos urbanos” y “Los caballeros de la industria”. Además, “Carta literaria”, vehemente defensa del naturalismo, publicada originalmente el 16 de noviembre de 1879 en *La Nación*, fue reproducida por Teresita Frugoni de Fritzsche en *El naturalismo en Buenos Aires* (1966). Si bien valiosas, estas publicaciones sólo recogieron apenas tres artículos de Lugones. Por eso

imagen de Lugones al hecho de que no haya prosperado la iniciativa de un grupo de amigos de seleccionar y editar sus trabajos (19).

Lugones había asistido al Colegio Nacional de Buenos Aires y luego había ingresado en la Facultad de Medicina. Muchos de sus vínculos y amistades pertenecían a esa élite intelectual conocida como la Generación del 80: compartía su amistad con Martín García Mérou, Belisario Arana, Carlos Monsalve, Bartolito y Adolfo Mitre, Alberto Navarro Viola,⁴ entre otros. Provenía de una cuna patricia: su padre, Baldomero Lugones, fue coronel del Ejército y participó en acciones claves del siglo XIX: Caseros, Pavón y la Guerra del Paraguay. Por su parte, su madre, Adela Dorrego, era sobrina del malogrado gobernador de Buenos Aires, Manuel Dorrego. Sin embargo, Lugones pertenecía a una rama pobre de esa estirpe patricia, acuciada por problemas económicos. Según la investigación de Galeano (2011), poco se sabe sobre el padre: se cree que abandonó el hogar familiar en la década de 1870, se conoce que pasó a retiro en 1895 y que falleció en 1906. Su relación con la familia parece que nunca se recompuso dado que, por ejemplo, la documentación vinculada con la muerte de Benigno sólo estaba firmada por su madre, por su hermana y por un tío. Ante la falta de indicios, Galeano cree que tampoco asistió al entierro de su hijo. Como coincidentemente sucede en los casos de Julián Martel y Roberto Arlt, frente a la ausencia paterna, Lugones tuvo que mantener a su anciana madre y una hermana. Convertido, entonces, en el único sostén familiar y apremiado por la difícil situación económica se vio obligado a abandonar sus estudios.⁵ En 1874, ingresó como empleado en el Departamento de Policía que funcionaba junto al Cabildo. Cabe aclarar que Lugones no fue un policía de calle, sino que realizaba tareas de oficina: entró como “oficial escribiente” y en 1878 lo ascendieron a “oficial de mesa”. En 1879, y de manera prolífica, escribió, sólo para el diario *La Nación*, una veintena de artículos. Además, colaboró en *La Patria Argentina*, diario en el que, como es sabido, publicaba sus folletines otro precursor del periodismo moderno, Eduardo Gutiérrez. También participó con asiduidad, como buen partidario del naturalismo que era, en la

ponemos en valor la edición realizada por la Biblioteca Nacional, que recuperó un número considerable de sus textos.

⁴ Lugones mantenía una relación de profunda amistad con Adolfo Mitre, hijo de don Bartolomé, y Alberto Navarro Viola. De hecho, en el Cementerio de La Recoleta, a pocos metros de la tumba en la que yace Lugones, se yergue el “Cenotafio de los tres amigos”, que recuerda el estrecho vínculo que unía a los tres amigos. Ver Galeano (2011).

⁵ Diego Galeano pone en duda que su alejamiento de la carrera de medicina se deba únicamente a los problemas económicos por los que atravesaba la familia. Según este autor, su desvinculación tuvo que ver con desavenencias con las autoridades de la Facultad. Para profundizar en este episodio, ver Galeano 2011, 17-20.

Revista Literaria, publicación del Círculo Científico Literario, a la que más adelante nos referiremos.

García Mérou sostiene que, producto de sus estudios de medicina, Lugones “conservaba una base científica” que explicaba su entusiasmo por el naturalismo: “fue uno de los primeros que se apasionó de las teorías literarias de Emilio Zola” (1915, 176). A continuación, haremos un breve repaso de su intervención en las polémicas que suscitó el ingreso de la escuela naturalista en el campo literario argentino.

Benigno Lugones, naturalista

Como se sabe, el positivismo fue la filosofía que rigió el pensamiento de buena parte de los intelectuales de 1880. Oscar Terán señala que fue un organizador fundamental de la problemática político-social de la élite entre 1890 y el Centenario (2000, 85). En la década de 1870, la ciencia y la literatura producen una alianza verificable hasta por lo menos finales del siglo XIX: “la ciencia inyecta nueva sangre a las letras. La literatura se nutre de la ciencia para la creación de nuevos temas” (Marun 1989). En este período, los escritores finiseculares definieron su práctica intelectual en el vértice que une periodismo, literatura y ciencia, y Benigno Lugones fue una síntesis acabada en ese sentido. Durante los años setenta, la sociedad entre ciencia y literatura se materializó en distintas instituciones como la Sociedad Estímulo Literario (1867), la Sociedad Científica Argentina (1872), el Círculo Científico Literario (1878), y el Círculo Médico Argentino (1873), al cual perteneció Lugones, quien a su vez publicó en 1879, en su órgano de difusión, los *Anales del Círculo Médico Argentino*, “Pródromo a una descripción de la pederastia pasiva”, artículo escrito con crudo desenfado, y que analizaremos más adelante.

El positivismo se constituyó como una filosofía estatal debido a que los desarrollos científicos tuvieron “el apoyo explícito del Estado” (Pierce 2018, 29). Entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, la ciencia tuvo la función de controlar los cuerpos en el marco de la creciente aceleración de los procesos modernizadores. Este control involucraba también la sexualidad, sobre todo aquella que escapaba al esquema heteronormativo: “figuras como el pederasta, el invertido, el uranista, la tribadista, el/la homosexual, como ahora la lesbiana, el gay, el/la travesti, el/la trans, el/la intersex, se someten al afán diagnosticador del Estado; privadxs de agenciamiento por la patologización científica, por su taxonomización incesante” (Pierce, 27). Pero estos sujetxs, además de ser blanco predilecto de la ciencia, durante el período mencionado tuvieron su espacio en la literatura y el

periodismo: autores como Eugenio Cambaceres, Juan José Soiza Reilly, Roberto Arlt, César Bourel, José González Castillo, entre otros, tomaron en algunos de sus textos las sexualidades “desviadas” como tema.

El naturalismo fue la forma literaria de la voluntad positivista y Benigno Lugones, una figura liminar de esta escuela en la Argentina. En el mes de noviembre de 1879 publicó, en *La Nación*, uno de sus textos más recordados: “Carta literaria”, una defensa, casi un manifiesto, del naturalismo, y una de las primeras piezas que conformaron la polémica que suscitó la irrupción de la escuela de Zola en Buenos Aires. Estos debates, que se extendieron hasta por lo menos 1887 (Laera 2003),⁶ fueron una manifestación de los procesos modernizadores: las relaciones con los centros culturales europeos se hicieron más rápidas y frecuentes, las novedades literarias llegaban con relativa velocidad al Río de la Plata. Por este motivo, los debates se llevaron a cabo en Buenos Aires de manera casi simultánea que en Francia. *L'Assommoir* comenzó a publicarse el 3 de agosto de 1879, en el diario de *Mitre*, es decir no mucho tiempo después que en Europa (1876). La próxima novela de Zola que se editó en Argentina fue *Nana* y tardó tan sólo seis semanas en llegar a Buenos Aires.⁷

Lugones no sólo defendió la escuela zoliana, sino que escribió los primeros textos naturalistas de nuestra literatura, antes incluso de que se inicie la serie de las novelas del 80. Por ejemplo, en la *Revista Literaria*⁸ (1879), órgano de difusión del Círculo Científico Literario, Lugones realizó once contribuciones, entre crónicas, relatos y artículos de crítica literaria.⁹ Esta publicación estaba conformada por escritores/periodistas y por hombres de ciencia.¹⁰ El programa estaba centrado en temas vinculados al proceso modernizador que por aquel entonces comenzaba a manifestarse: inmigración, progreso, educación, higienismo, medicina.¹¹ Y también

⁶ Sobre la polémica del naturalismo en Buenos Aires puede consultarse Frugoni de Fritzsche (1966), Gnutzman (1998), Laera (2003), Espósito (2009), Nouzeilles (2000), Schlickers (2003).

⁷ Ver Frugoni de Fritzsche (1966, 2-3).

⁸ *Revista Literaria* publicó dieciocho números entre el 8 de junio y el 5 de octubre de 1879.

⁹ Benigno Lugones conformó la Comisión Directiva de la *Revista Literaria* hasta el número trece, aunque sus contribuciones se extendieron hasta el último número.

¹⁰ La primera Comisión Directiva estuvo formada por José Nicolás Matienzo, Adolfo Mitre, Adolfo Moutier, Enrique Rivarola y Benigno Lugones. Luego del número trece, la nueva Comisión fue integrada por Luis M. Drago, Julio E. Mitre, Carlos Monsalve, Máximo Riglos, Enrique Etchart. (Marun 64).

¹¹ Benigno Lugones supo captar la identificación de las estructuras sociales, económicas y culturales de Buenos Aires con las europeas. En el artículo “Un poco de critiquilla”, firmado bajo el seudónimo Lesmes Coverrubias y Tocata, Lugones hace “un

hizo foco en los lugares sórdidos y marginales que constituían los marcos de la novela naturalista (Gasparini 2014). En el último número de la *Revista Literaria*, Lugones publica “Una historia verosímil”,¹² relato en el que construye no sólo una escena de marginalidad, sino un espacio de diálogo entre distintos registros populares. El argumento trata de un hombre hambriento, Pancho, quien deambula por las calles en busca de alimento. Un amigo bienintencionado, Rodolfo, lo invita a almorzar a la Fonda de Don Pablo. Una vez allí, y luego de comer opíparamente, declararon al dueño que ninguno de los dos contaba con dinero para pagar. Después de un escándalo mayúsculo, finalmente interviene la policía. Gracias a los argumentos leguleyos esgrimidos por Rodolfo, no van presos.

El relato recupera un escenario—la fonda—que adquiere características típicas de la bohemia—forma de sociabilidad que se irá tornando más definida a comienzos del siglo XX—ya que en las breves descripciones del lugar se adivina la tertulia, en la que convergen escritores, periodistas, y gente de toda clase: “la fonda estaba concurrida: literatos, maestros de baile, coroneles, cronistas, dependientes, un mundo de gentes de toda laya y condiciones” (Lugones 2011c, 133).¹³ La influencia de *L'Assommoir* puede registrarse no sólo en el lugar en el que sucede la acción—la taberna—sino también en la representación de la pobreza y la marginalidad social y en el lenguaje. Lugones publica “Una historia verosímil” el 24 de septiembre de 1879 y, como hemos señalado, la novela de Zola aparece en las páginas de *La Nación* casi dos meses antes; es decir que prácticamente el proceso de lectura de la novela coincide con el de la escritura del relato.

En “Una historia verosímil,” Lugones elabora una lengua literaria aplebeyada, en la que convergen formas propias de la inmigración—“Mire que hoy tenemo pescau en salsa de alcaparra, dice Don Pablo, tome un poco que muy buenu” (134)—y un lenguaje criollo y coloquial: “¡Oh! A ver si marcha . . . salga *ajuera* salga pronto. Mire,

inventario de los distintos rubros en la sociedad que muestran el proceso de europeización: en arquitectura (. . .), en la moda se sigue la francesa e inglesa, en las librerías abundan los volúmenes extranjeros; entre los carruajes, el ‘Coupé’. . .” (Marun 1989, 77).

¹² *Revista Literaria. Órgano del Círculo Científico Literario*. Año I, N° 18, 5 de octubre de 1879. Lugones (2011c).

¹³ Quienes formaban parte del Círculo Científico Literario fundaron una suerte de cenáculo llamado la Bohemia. Se reunían, por lo general, en el Café Filip o en la Bodega, los primeros días de cada mes para comer, brindar y hablar de literatura y política. Al igual que Lugones, Carlos Monsalve, en “Mi amigo Hermann”, también publicado en las páginas de la *Revista Literaria*, recrea el ambiente de la Bohemia, en una prefiguración de los modos de sociabilidad de los miembros de esta revista. Como en el relato de Lugones, la acción también se desarrolla en el Café de Don Pablo. Martín García Mérou, en el capítulo XXIX de sus *Recuerdos literarios*, se detiene en la conformación tanto del Círculo Científico Literario y su revista como de la Bohemia. Ver García Mérou (1915, 255-262).

Sargento, *arrempújelo*. Nomás en cuanto se le *siente* y si se le quiere resistir *dele leña*” (137, cursivas en el original). Se trata de un texto por momentos hilarante, cuyo efecto humorístico descansa, en parte, en ese uso de la lengua popular, en esos giros que puestos en la voz de la policía cobran un efecto gracioso: “Bueno, bueno, a mí no me venga con partes, porque si anda con mucha prosa va a ir por desacato”. De hecho, la humorada, enfocada en la autoridad policial, le valió su apartamiento del cargo de escribiente que desempeñaba en la Policía: “Tal como sugería el propio subtítulo,¹⁴ la sátira apuntaba a denunciar las blanduras del Código Penal, pero la cúpula policial interpretó que ridiculizaba la institución de la que formaba parte y lo obligó a dar un paso al costado” (Galeano 2009, 96).

El narrador de este relato se diferencia de todos estos personajes puesto que es el que sostiene el monopolio de la lengua y las referencias de la alta cultura. Sobre el final reflexiona acerca de la resolución del conflicto: Rodolfo, frente al fondero y a la policía, enarbola el Código Penal como argumento inapelable para no ir preso, dado que, sostiene, que no pagar una cena no constituye un “delito punible”. El comisario, primero, se reconoce como un representante del Estado—¡A mí no me va a enseñar la Ley!”—pero luego su seguridad se convierte en incertidumbre. Ahora vacila y consulta con otro comisario con el que no logra ponerse de acuerdo acerca del accionar que debe tomar. Finalmente tercia el Jefe de Policía, quien ordena la retirada de la fuerza. El narrador es quien tiene la última palabra y evalúa el conflicto por encima del universo y de los registros que acaba de representar: “El fondero, el oficial y el comisario pudieron muy bien, después de esta aventura, haber dicho del Código Penal, lo que del Código Civil dice el protagonista de *Le Grand Casimir*. – c’est un livre qu’on ne lít pas assez: on a bien mort.” (139).

El uso de la lengua popular, como así también los escenarios de marginalidad social, forman parte del repertorio naturalista; lo cual explica su presencia en este texto de Lugones. Uno de los argumentos de los detractores de esta escuela literaria consistía justamente en considerar de mal gusto e inmoral la lengua utilizada. Por supuesto, los cuestionamientos no eran una novedad: Zola también tuvo que enfrentarse a las mismas críticas en Europa cuando publicó *L’Assommoir*. En su prefacio podemos leer: “*L’Assommoir* es, con toda seguridad, la más casta de todas mis obras. A menudo he tenido que tocar llagas mucho más espantosas. Por lo demás, tan sólo *la forma ha asustado*. Han sido *las palabras* las que, al parecer, han despertado el

¹⁴ “Una historia verosímil. (Comentario al Código Penal)”.

enojo. Mi crimen consiste en haber tenido la curiosidad literaria de recoger y vaciar con cuidado en un molde *el lenguaje del pueblo*” (Zola 1978, 17; destacado nuestro). Apenas dos años después de publicadas estas líneas, Lugones también reflexionaba sobre los aspectos referidos a la lengua literaria utilizada por esta escuela. Afirmaba que el naturalismo resultaba de mucha utilidad para el obrero, quien podía verse reflejado, no sólo a partir de sus vicios y defectos, sino también “en la lengua que él mismo habla a cada momento, con sus giros y modalidades propias” (Lugones 2011a, 150). Lenguaje y naturalismo se convirtieron, entonces, en un tópico recurrente de estas polémicas, y tanto es así que siguió vigente hasta bien entrada la década del ochenta. Por ejemplo, en un artículo de 1885, Miguel Cané afirmaba lo siguiente sobre Eugenio Cambaceres: “enfermo, hastiado, Cambaceres, para *distraverse*, tomó un día la pluma y al correr, *sin pretensiones literarias*, como si *hablara* con un amigo en el mismo *lenguaje familiar y criollo* escribió (. . .) un libro que tituló *Silbidos de un vago*” (Cané, 72; destacado nuestro). En la ecuación de Cané, el lenguaje demasiado coloquial de la primera novela de Cambaceres no podía cuadrar con ninguna intención estético-literaria.¹⁵ Se trató simplemente de un ejercicio del ocio para matar el tiempo y el *spleen*. Pero en ese denuesto, Cané decía otra cosa: tal vez involuntariamente, estaba escribiendo sobre la autonomía de la obra literaria, sobre el cambio de función que por entonces se iniciaba en el discurso literario. Como es sabido, a fines del siglo XIX la política comenzó a perder su lugar central y la literatura viró hacia una nueva concepción en la que empezaban a primar los valores artísticos. La literatura había perdido su valor utilitario exclusivo, ahora ya no respondía a las urgencias políticas, sino, como dice Cané, a la distracción. El autor de *Juvenilia* quiere rebajar la calidad literaria del naturalismo haciendo hincapié en un lenguaje coloquial y “no literario”, asociado al habla, no a la escritura. Por su parte, otro detractor del naturalismo, Pedro Goyena, en la misma línea de Cané, pero algunos años antes, había señalado que la primera novela de Cambaceres, *Potpourri*, era un libro “escrito con la mayor despreocupación” en el que se intercalaban palabras francesas “en medio de su prosa

¹⁵ Algo similar sucede con “El matadero”, que Juan María Gutiérrez incluyó en el quinto tomo de las obras completas de Esteban Echeverría, en 1874. El relato está acompañado por una nota al pie de Gutiérrez en la que declaró, motivado por el crudo lenguaje del relato, que esas páginas no habían sido escritas para ser publicadas, “como lo prueban la precipitación y el *desnudo realismo* con que están redactadas” (Gutiérrez 1874, 210; destacado nuestro). Su valor es “histórico” y deja en claro que las “frases y palabras verdaderamente soeces” no son para imitar, y “quedan desterradas del comercio culto y honesto” (214). Es decir que, en todo caso, las palabras que aparecían allí pertenecían a “quienes las emplean”, o sea los sectores populares que ocupan el matadero, especialmente mulatos y negros, y de ninguna manera al autor, exponente de la alta cultura y del buen gusto.

decididamente criolla” (Goyena, 65). Por supuesto, el adjetivo “criollo” funciona aquí como un antónimo de la prosa “literaria”, refinada y de buen gusto que practicaban los hombres del 80.

El ejercicio de una literatura construida con una lengua popular, hacia la década de 1870, no tenía muchos antecedentes más que la gauchesca, “El matadero” de Echeverría¹⁶ y los folletines de Eduardo Gutiérrez que comenzaban a publicarse el mismo año—1879—en el que Lugones escribió su defensa programática del naturalismo. Esta escuela implicó una forma de reorganización de la lengua literaria, una confrontación con las regulaciones sobre la escritura que existían en el circuito culto, y propuso una ampliación en el repertorio temático y lingüístico de la literatura. Un artículo como “Pródromo a una descripción de la pederastia pasiva” no hubiese podido ser publicado sin las bases lingüístico-epistemológicas—objetadas al comienzo, claro—que sentó el naturalismo. Lugones aprovechó la apertura que produjo esta escuela e hizo uso del lenguaje explícito que se aprecia en ese texto, y que difícilmente se halle en otros del período. En este sentido, podríamos pensar al naturalismo como una proto-vanguardia, en tanto propone una ruptura, principalmente con el romanticismo,¹⁷ y anticipa algunas búsquedas estéticas de los escritores vanguardistas de 1920. Por ejemplo, “Una historia verosímil”, dada su temática y sus aspectos formales, podría pasar sin dificultad como un relato de Enrique González Tuñón o de Enrique Méndez Calzada. De hecho, los ejes que definieron la polémica en torno al naturalismo durante la década de 1880—mal gusto, inmoralidad, lenguaje obsceno y bajo, etc.—volvieron a establecerse en la década de 1920, a raíz de la irrupción de nuevas formas en la lengua literaria.¹⁸

Homofobia naturalista

Como hemos dicho, en 1879, Lugones publicó el artículo “Pródromo a una descripción de la pederastia pasiva”, en los *Anales del Círculo Médico Argentino*. Si bien Lugones no se recibió de médico, cursó algunos años de la carrera. Esto le permitió

¹⁶ Alejandra Laera (2003) explica que la tradición sobre la que se apoyó el naturalismo argentino no era la novela sino “lo realista”, de allí que la novelística romántica de mediados de siglo XIX (*Amalia* de José Mármol o *Soledad* de Bartolomé Mitre) no haya sido invocada como antecedente, como sí lo fue “El matadero”, cuyo objeto y lenguaje lo convertían en un texto afín a la nueva perspectiva estética.

¹⁷ Para profundizar en los debates que se suscitaron entre el romanticismo y el naturalismo en Argentina, ver el artículo de Luis Tamini, publicado en *La Nación* el 9 de mayo de 1880 y el que se publica en el mismo diario unos meses después, titulado “Naturalismo y romanticismo”, firmado con las iniciales A. L.

¹⁸ Ver Oliveto (2016).

formar parte del Círculo Médico Argentino, institución creada por J. M. Ramos Mejía y un grupo de estudiantes en 1875, con el propósito de entablar luchas y disputar espacios de poder con las autoridades universitarias.¹⁹ De los *Anales* se publicaron poco más de treinta números entre 1877 y 1908. Logró “un amplio reconocimiento en el medio científico local”, y circuló por “los estrechos y exigentes canales literarios de la república de las ciencias, en especial en las escuelas médicas europeas y americanas” (Souza 2014, 53). Sus temas estaban relacionados con la vida científica y médica, y publicaban traducciones de artículos extranjeros.

En sus primeros años, el cuerpo de redactores no sólo estaba ocupado por médicos argentinos y de otros países, sino también por “estudiantes interesados desde muy jóvenes por la producción literaria local, estudiantes que luego llegarían a ser referentes del mundo de las letras. . .” (Souza 372), como es el caso de B. Lugones, quien había cursado la carrera de medicina hasta por lo menos el mes de marzo de 1878.

En “Pródromo a una descripción de la pederastia pasiva”, Lugones expresa una condena moral hacia las prácticas sexuales anales. El registro naturalista utilizado por el autor se evidencia en la crudeza de las imágenes y en un lenguaje carente de eufemismos. Este artículo es interesante, entonces, porque comienza a diseñar, junto con otros textos finiseculares, el dispositivo²⁰ que incitaría a poner en discurso la homosexualidad masculina en Argentina.

Según el Diccionario de la RAE, la palabra “pródromo” se define como la señal o malestar que precede a una enfermedad, es decir que desde el título Lugones establecía un vínculo entre lo que hoy llamaríamos prácticas sexuales disidentes y lo patológico, asociación que se convertiría en un tópico recurrente en los textos de médicos y criminólogos de comienzos de siglo XX, como por ejemplo Eusebio Gómez o Francisco de Veyga, entre otros. Las patologías sexuales estuvieron asociadas principalmente con los sectores populares, sobre todo a partir del fenómeno inmigratorio, que produjo grandes desafíos y disputas de poder a las élites. Por eso, éstas recurrieron a teorías europeas como el positivismo, el darwinismo social y el

¹⁹ Para profundizar sobre Círculo Médico Argentino, ver González Leandri (2008), Souza (2007, 2014).

²⁰ La noción de “dispositivo” es una de las innovaciones teóricas centrales que introduce Michel Foucault en el primer volumen de su *Historia de la sexualidad*. Como señala David Macey “le terme renvoie à un ensemble hétérogène de discours, de propositions (philosophiques, morales, philanthropiques, etc.), d’institutions, de lois et d’annoncés scientifiques; le dispositif proprement dit est le réseau qui en assure la cohésion, qui gouverne le jeu des courants hétérogènes.” (1994, 364).

naturalismo para controlar y contrarrestar esos efectos no deseados de la inmigración.²¹

La palabra “pederastia” (pasiva), utilizada en el título del artículo, significaba la inversión del rol insertivo en la relación sexual, definido como correcto para el hombre: “de acuerdo con esta concepción finisecular de la desviación una vez que el hombre invertía su rol sexual, seguía invirtiendo costumbres, hábitos, modales y vestido definidos como correctos para su sexo biológico en un proceso de simulación que culminaba en la patología del delirio de creerse una mujer en el cuerpo de un hombre” (Salessi, 250).

Para Lugones, “la senda inmunda de la pederastia” (Lugones 2011b, 163) no remitía necesariamente a la homosexualidad, puesto que utiliza el término para los coitos anales tanto en parejas homo como heterosexuales. En el caso de las mujeres, la pederastia es una “prueba de amor”, un “sacrificio”, que realiza en favor del hombre, hastiado de una sexualidad recurrente y rutinaria. Sin embargo, el peligro de esta práctica se encuentra en que luego de la “desfloración anal”, la mujer siente “la libertad de usar el recto en todos casos, ¡y lo que había estado reservado al amante, se entrega a cualquier otro por el mismo precio que la vaginal!” (164), dice alarmado Lugones. Es decir, aquello que estaba reservado como caso excepcional se convierte en una actividad habitual. De este modo, Lugones da a entender que las prácticas sodomitas pervierten puesto que transforman las relaciones sexuales “normales” en vicio recurrente. Además, advierte que la mujer nunca toma sola la decisión de “hundirse en el fango” de la pederastia, sino que su voluntad se ve empujada por los consejos de las compañeras y por el apremio de los hombres quienes muchas veces ejercen “el forzamiento de que son víctimas”. Para Lugones, en los casos de pederastia femenina heterosexual, la mujer es una sacrificada, cuando no una mal aconsejada e incluso el autor pone de manifiesto los abusos a los que son sometidas, lo cual también constituye una observación poco frecuente en ese entonces.

Sin embargo, la mirada de Lugones estaba puesta en la pederastia masculina, a la cual le dedica casi toda la extensión de su artículo. Estos desniveles en la atención del autor encuentra su explicación en el hecho de que las prácticas anales de las mujeres no constituían una amenaza a la heteronormatividad, puesto que el rol insertivo de los hombres y el pasivo de las mujeres continuaban siendo los “adecuados”, puesto que no menoscaban la masculinidad del hombre. Por el

²¹ Ver Ben (2009, 21).

contrario, la “pederastia” masculina resulta peligrosa, patológica y delictiva. Este entrecruzamiento de una práctica sexual determinada con aspectos de índole moral, sanitario y legal constituyen los mecanismos del dispositivo homofóbico.

En este artículo, Lugones utiliza el mismo método positivista que aplica en sus estudios sobre los lunfardos: elabora una taxonomía de los pederastas. Delincuentes y homosexuales se convierten sobre finales del siglo XIX en los anormales de la modernidad y, por lo tanto, en sujetos pasibles de ser sometidos al análisis científico. Estos individuos devienen en casos, se los clasifica, se estudian con el fin de contrarrestar sus efectos disolventes del orden social. En la primera categoría, Lugones coloca a los individuos de cuna humilde, por lo general sirvientes, que se dedican por las noches y a cambio de dinero al “tráfico de la pederastia (. . .) saliendo a las plazas y calles a reclutar sus inmundos parroquianos” (Lugones 2011b, 165). Por lo general, estos pederastas se dedican a “corromper jovencitos”, y dado su vínculo con el dinero los llama “prostitutos”. En el segundo grupo se ubican aquellos que practican la pederastia “por gusto”, gratuitamente o pagando por “el placer que se les proporciona” (165), y por lo general pertenecen a las clases altas. O sea que los homosexuales están asociados, por un lado, con el delito (la corrupción de menores), y por el otro con lo que podríamos denominar el placer mórbido. La estratificación parecería querer indicar que estas “desviaciones” suceden en todas las clases sociales. Y otra característica que le asigna a “estos miserables” es que se travisten: “se afeitan, se pintan, se colocan un peinado postizo y se visten de mujer” (167), dice Lugones aún más alarmado.

La descripción de la homosexualidad porteña de fin de los años setenta que realiza Lugones configura una de las primeras representaciones de lo trans en la prensa argentina: “Escotes, mangas cortas, flores, cintas, plumas en la cabeza, vestidos de cola larga, blancos y transparentes, con visos de color, lo mismo que las señoras y señoritas de la alta sociedad. No les falta ni la *salida del teatro* para abrigarse” (167). A este grupo de pederastas pasivos, travestidos, los llama también “maricas”. Según Pablo Ben, “marica” es una palabra del lenguaje plebeyo que designa a hombres que ejercen la prostitución, se travisten y adoptan maneras femeninas (2009, 53). Es decir, las descripciones que realiza Lugones coinciden con la caracterización hecha por Ben. Ya en ese entonces, los vocablos “marica” y “maricón” aparecían en nuestra literatura. Ricardo Rodríguez Molas registra la palabra “maricón” hacia 1830, en un cielito en el que un grupo de federales la utiliza para estigmatizar a los unitarios: “Cielito, cielo, cielito / Cielito de los maricones / En un momento hace un sastre / Un unitario

decente, / Pues ellos se juzgan serlo / Con tener levita y lente” (citado por Salessi, 281). Achacar la homosexualidad al adversario político o, mejor dicho, colocarlo en el rol receptivo/pasivo, se observa en obras clásicas de la literatura argentina como “El matadero” de Esteban Echeverría y el poema “La refalosa” de Hilario Ascasubi”. En *El gaucho Martín Fierro* se registra la palabra “maricas” en el verso 916: “sólo son güenos pa vivir entre maricas” (Hernández, 35), dice Fierro luego de hacer una pintura negativa y peyorativa del inmigrante que se puede resumir en la inutilidad, la flojera y la pusilanimidad que demuestra en materia de labores camperas. La imagen del extranjero que construye Fierro reenvía a lo femenino o afeminado: “son *delicados* y parecen hijos de ricos” (35, destacado nuestro), además no aguantan el calor ni el frío, es decir, no cumplen con esa hombría o masculinidad hegemónica propia del mundo gaucho.

Más allá de los ejemplos citados, lo cierto es que el uso de estas palabras no contaba con demasiada difusión por entonces. No obstante, en la prensa porteña existe un artículo del año 1862, publicado en *La Nación Argentina*, que amerita que nos detengamos en él dado que, junto con el texto de Lugones, configura un registro temprano de la homofobia en la Argentina.

Un artículo periodístico temprano

El 21 de noviembre de 1862, perdido entre las siete columnas que componen la primera página del diario, *La Nación Argentina* publica un breve suelto, sin firma, titulado “Los maricones”.²² Fuertemente homofóbico, el texto propone que los homosexuales sean castigados, al igual que lo son “los vagos (. . .) por la policía”, por “mal entretenidos” (1862, 1). El autor anónimo opina que para ellos debe existir un castigo estatal, incluso usa palabras similares a las utilizadas, por aquel entonces, por el aparato legal y por las plumas funcionales al poder político mitrista para estigmatizar y perseguir al gaucho.

Según el periodista, las “niñas de nuevo sexo” son fácilmente identificables dado que reúnen una serie de signos: la mirada, la postura corporal, el cambio de nombre, los temas de las conversaciones:²³

²² Este artículo es mencionado, y brevemente comentado, por Pablo Ben (2009).

²³ Benigno Lugones los caracteriza de la siguiente manera: “voz atiplada, maneras afeminadas, aversión a las niñas, preferencias por las tareas y labores de las mujeres” (2011b, 168). Sin embargo, señala que no se trata de la única imagen del “pederasta” puesto que también puede tener signos opuestos a los recién señalados: puede ser un hombre “robusto, valiente, enérgico” (168).

Columpiándose como muchachas coquetas, perfumados de almizcle, torciendo los ojos cuando se les mira, estirándose los puños con la punta de los dedos, como una muger (sic) lo hace con sus mangos, jirando (sic) su cabeza a derecha e izquierda, como las palomas francesas cuando se detienen sobre las paredes, cambiando su nombre masculino y haciéndolo femenino, hablando de mozos como las mugeres (sic) después de una fiesta, entrando a la iglesia caminando con la punta de los pies, desdoblado el pañuelo como quien estira una alfombra para hincarse, esponjando los faldones de su levita, cual si fuera un miriñaque, abanicándose con la mano, limpiándose el rostro con la punta de otro pañuelo traído de reserva, incitando a los muchachos a que *los silven* (sic) . . . (“Los maricones”, 1; destacado mío)

El mayor problema que tiene el autor del suelto con los homosexuales es que “estos entes escandalizan la sociedad”, dado que pueden despertar el deseo de algunos hombres. Es decir, los maricones amenazan con desbaratar el orden heterosexual que rige a la comunidad. Y da algunos ejemplos: desde travestis que ingresan a misa y alborotan a los parroquianos hasta una conversación—de la cual el autor fue testigo—entre un “diablotín” y un “maricón”: “Juanita, ¿quiere usted que la acompañe?”, le propone el seductor. Y el maricón travestido le responde con esa voz afeminada que exaspera al periodista: “no, caballero: la noche es de luna y la compañía puede serme importuna”. La reacción del autor, que venía caminando con unos amigos unos pocos metros detrás, fue la de mirar al suelo “para ver si encontrábamos algo con qué tirarle”, pero el “diablotín” se les adelantó y le propinó “una buena dosis de pescozones”. El resultado: “la *niña* se echó a llorar, afectando en lo posible su voz, para hacerla de un tiple que no se encuentra ni en mujer” (“Los maricones” 1, destacado en el original). Finalmente, el autor plantea que si los que alteran el orden público, como por ejemplo “los locos que entran a la iglesia y perturban a los fieles con voces y acciones”, son castigados, “por qué no hacer otro tanto con los que *esprofeso* (sic) toman hábitos de mujer y alteran el orden de los Templos con sus ridículos modales” (1).

Durante la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX, los “maricones” integraron el conjunto de aquellos sujetos considerados anormales, enfermos que, agentes de contagio, engendraban patologías sociales. También fueron considerados delincuentes por la ciencia, y esa tesis además puede observarse en los artículos de algunos periodistas modernos de las primeras décadas del siglo XX, como Juan José de Soiza Reilly.²⁴ Pero esta construcción del homosexual es posterior al artículo de *La Nación Argentina*, por lo tanto, se podría decir que este texto inaugura

²⁴ Ver “Ladrones vestidos de mujer”, de Juan José de Soiza Reilly, artículo publicado en el sexto número de la revista *Fray Mocho*, el 7 de junio de 1912.

algunos tópicos clásicos de la descripción de los travestis, como la vestimenta, los gestos y la simulación, concepto central en el cuadro que asimila delincuencia y locura. Estas anticipaciones que podemos observar en el suelto, en un tono de burla, serán formalizadas algunos años después por Lugones en un registro positivista que se entroncará con los desarrollos de médicos y criminólogos de comienzos de siglo XX.

En la prensa y en los textos científicos de principio de siglo XX, los travestis conforman una galería en la que relumbran los nombres de fantasía con los que construyen sus identidades. Por lo general, guardan cierta pompa que suele remitir a la nobleza o a las clases altas, como así también a ciertas figuras poéticas: La Princesa de Borbón, La Bella Otero, La Brisa de la Primavera, La Bella Noé, Aurora, entre otras.²⁵ En este sentido, Benigno Lugones, varios años antes, indica que “el pederasta pasivo se transforma en mujer, y la mayor ofensa que se le podría hacer, sería darle su nombre masculino” (Lugones 2011b, 167).

Dispositivo homofóbico

El artículo de Benigno aborda la temática de la homosexualidad de manera explícita, sin recurrir a eufemismos ni a metáforas pudorosas, y por fuera del tono de burla que podemos encontrar en otros discursos de la época, como el artículo de *La Nación Argentina* o los ejemplos que podemos hallar en el género gauchesco. Este texto rompe ciertamente con una sensibilidad, con el horizonte de lectura de la época. Resulta muy difícil encontrar, entre sus contemporáneos, unas líneas parecidas a las de Lugones. Escribe transgrediendo ciertas reglas o regulaciones de la escritura, amparado en el naturalismo que habilita este lenguaje revestido del aura cientificista que permite mostrarlo todo. Al respecto, y casi programáticamente, dice Lugones en su “Carta literaria”: “El naturalismo se propone pintar la realidad, sin quitarle ni ponerle, tal cual es la vida, tales como son las cosas; las producciones naturalistas son una fotografía y deberán retratar lo malo y lo bueno, lo sucio y lo limpio, lo atrayente y lo repugnante (. . .), la pintura de las clases bajas, con sus inmundicias, sus promiscuidades, sus miserias, sus vicios . . .” (Lugones 2011a, 145). Lo cierto es que para 1879 resulta inédita la descripción minuciosa y explícita que hace del coito anal:

¿El pederasta goza en sus coitos? ¿Experimenta una sensación de placer al sentir el contacto del semen en la mucosa rectal, como la mujer cuando siente humedecer su vagina? Ellos declaran que sí, que experimentan

²⁵ Puede encontrarse una semblanza de los travestis mencionados, con foto incluida, en la crónica de Juan José Soiza Reilly mencionada en la nota anterior.

esa sensación, que gozan, sobre todo en el momento de la intromisión del pene, cuando este roza el esfínter anal (. . .).

La continuación del coito contra-natura acaba por producir la relajación de esfínter del ano, un estado que no sé cómo clasificar en la mucosa rectal, y después de todo, la incontinencia de las materias fecales, que se derraman sin que el paciente tenga conciencia de ello hasta que le han mojado los muslos. (Lugones 2011b, 170)

El afán descriptivo y la deriva escatológica de estos párrafos, con toda seguridad, habrán resultado revulsivas para los lectores de aquella época. En este sentido, el propio Lugones advierte, al comienzo del artículo, los efectos probables que tendría el texto: “el lector que haya alcanzado a este punto de mi escrito, habrá llegado seguramente horrorizado. . .” (164). Sobre esta escena, Pierce señala que

la falta de control fisiológico, la supuesta inhabilidad pederasta de contener la materia fecal visibiliza el horror al vaciamiento desenfrenado de los flujos corporales tanto como el imperativo heteronormativo de la impenetrabilidad masculina. El ano mancha literal y simbólicamente al pederasta con su propio excremento, signo de una masculinidad fallida, peligrosa, degenerada, incomprensible. El ano dilatado del pederasta pasivo: fuente de estudio, marcador identitario, zona de contacto proscrito. (Pierce, 26)

Este artículo de Lugones trabaja con ideas y formatos que aparecerán luego en el discurso científico de principios de siglo XX como el caso, forma privilegiada de la narrativa científica.²⁶ En los *Archivos de psiquiatría y criminología* (1902-1913), y en otras publicaciones de la época, los homosexuales eran concebidos como enfermos y por lo tanto se convertían en casos clínicos.²⁷ Veinticinco años antes de que eclosione

²⁶ A comienzos del siglo XIX, en Europa, no bastó con desarrollar métodos eficaces para reconocer las enfermedades, sino también se necesitó “restituir, al ámbito de las palabras, una historia que cubr[a] su ser total” (Foucault 2014, 133). Aquí entonces podemos observar una narrativa médica—el caso y la historia clínica—en sus albores modernos. En este sentido, Foucault agrega que el enfermo debe ser “transparente”, “sin obstáculos” para “la sintaxis de un lenguaje descriptivo”. Y finaliza: “no hay enfermedad sino en el elemento de lo visible y, por consiguiente de lo enunciable” (133-134).

²⁷ Algunos ejemplos de *Archivos de psiquiatría y criminología*: “A fines de de abril de 1901 se presentó al consultorio externo de la clínica de dicho profesor (se refiere a Ramos Mejía) el enfermo X.X., argentino, de 60 años de edad, soltero, jornalero. . .” (Ramos Mejía 1902, 41); “X.X., argentino, soltero, blanco, de buena constitución física y en discreto estado de nutrición. En sus antecedentes familiares existe intenso neuroartrismo. Tiene 27 años de edad. . .” (Ingenieros 1902, 618); “En el mes de febrero presentóse en nuestro consultorio particular el enfermo N.N., español, de 35 años de edad, soltero, dependiente de una sastrería de la calle Cuyo. . .” (Arragaray 1902, 273). En el libro de José Ingenieros, *Criminología*: “N.N., treinta y dos años. Familia de neuropatas degenerados, con alienación, histeria, histeroepilepsia, impulsividad en varios miembros. NN es un sujeto con antecedentes mórbidos, pendenciero, impulsivo. . .” (1916, 207). El caso también aparece ligado a la literatura de este mismo período (1900-1910), por ejemplo, en los textos de ficción de Carlos O. Bunge. Cf. *Viaje a través de la estirpe* (1908).

como forma narrativa principal de los textos médicos y criminológicos, el caso ya era utilizado por Benigno Lugones:

presentaré una historia clínica: N.N. es joven, robusto, elegante, bello de cara, mimado por las mujeres del barrio en que vive; Z. no menos bello que el anterior, de una familia distinguida, ve al primero en el teatro, lo saluda sin conocerlo, hace poco a poco relación con él, y después de pasados quince días desde aquel saludo, se presenta una noche en el cuarto de N.N., le pide hospitalidad so pretexto de que le han cerrado la puerta de su casa, se acuestan en la misma cama, y un cuarto de hora después de apagar la luz N.N. ha ensangrentado a Z. que decía en un éxtasis de goce:

-No se olvide que usted ha sido el primer hombre. . . ¡y era Z. quien había provocado a N.N. con tocamientos indecentes y haciéndole cosquillas! (Lugones 2011b, 165)

Resulta interesante en esta cita el modo en que Lugones equipara el coito anal con el desfloramiento femenino. Más allá de que la igualación carece de fundamento dado que no siempre las relaciones anales producen sangrado, la intención parecería radicar en la feminización del “pederasta” pasivo.

Literatura, periodismo, y ciencia conforman un dispositivo homofóbico que se pone en funcionamiento en Argentina desde, por lo menos, los años sesenta. En este sentido, los textos de Lugones forman parte de una polifonía constatable en tópicos recurrentes y búsquedas científicas y criminológicas, como así también en las conexiones que establece con la novela naturalista.

En los *Archivos de psiquiatría y criminología*, se “identificó reiteradamente los espacios de conventos, escuelas y colegios religiosos de mujeres como medios nocivos y retrógrados, especialmente propicios para la *incubación* de temibles *epidemias* y males sociales” (Salessi 215, destacado nuestro). Por supuesto, los “males” a los que se refiere la cita son (homo)sexuales. Lugones había hecho afirmaciones similares dos décadas antes, cuando señaló que “una de las fuentes más poderosas de la pederastia es el internado en los colegios y el noviciado en los conventos” (Lugones 2011b, 167).²⁸ También abordó temas que, varios años después, serían centro de indagaciones y polémicas. Por ejemplo, la cuestión acerca del origen de la homosexualidad. Entre 1902 y 1903, Francisco de Veyga publicó, en los *Archivos*. . ., una serie de artículos que abordaban la etiología de la homosexualidad. En uno de ellos—“Inversión sexual congénita” (1902)—, refería la historia de Manón, un “invertido” sexual que nunca

²⁸ Por su parte, en 1908, Eusebio Gómez, en *La mala vida en Buenos Aires*, también se refiere a este tema: “. . . la homosexualidad adquirida, que puede determinarla así mismo, especialmente sobre seres con cierta predisposición, la vida en común, con compañeros afectados de una falla similar, patológicamente más avanzada. Los cuarteles y los colegios suministran copiosos ejemplares.” (Gómez 2011, 138).

sintió atracción por las mujeres y que fue “sano” hasta que, a los quince años, un maestro lo pervirtió, transformándolo en homosexual. De Veyga concluye que se trata de “un caso típico de inversión congénita, que ha permanecido latente hasta que la ocasión le permitió manifestarse definitivamente” (De Veyga 1902, 46). Sin embargo, para el médico criminólogo, la inversión sexual no era únicamente congénita, sino que también podía ser adquirida, como “resultado de la contaminación o el desgaste mental, operados en una época avanzada de la vida, después de haberse establecido en la más perfecta normalidad el instinto genérico correspondiente a su sexo” (De Veyga 1903, 193). De Veyga entendía este tipo de inversión como “profesional” dado que se vinculaba con la prostitución y con el mundo del delito.²⁹ En “Pródromo. . .”, Benigno Lugones también se había adentrado en esta problemática: “Hemos visto a la mujer extraviarse por *el medio en que vive* y lo mismo sucede con el hombre, pero es fuerza reconocer que este obedece generalmente a una *tendencia innata: sodomita nascitur*,³⁰ puede decirse con entera seguridad” (Lugones 2011b, 169). Al “invertido congénito” que postulará De Veyga varios años después, Lugones lo llamó *sodomita nascitur*, y también se refirió al medio como responsable de los “extravíos” femeninos, es decir, lo que sería nombrado como “inversión adquirida” a comienzos del siglo XX. Según Lugones, la mujer se extravía porque el medio la corrompe, en cambio el hombre está corrompido de nacimiento. Mientras que la homosexualidad masculina era innata, la femenina era producto del medio corrompido en el que vivía la mujer lesbiana. Ambas formas de explicación del origen de la homosexualidad responden a los argumentos típicamente naturalistas: o bien se encuentra *en la sangre*, es decir, en las leyes de la herencia; o bien es una manifestación del medio corrompido en el que la sexualidad del individuo se desenvuelve.

Para Lugones, las tempranas manifestaciones de la pederastia se podían observar en los juegos de la infancia. E ilustra con la siguiente escena:

Un hombre que conoce profundamente la sociedad porteña en su parte oculta y vergonzosa me narraba, no ha mucho, que cuando era niño jugaba con sus compañeros a *la paloma*; juego en que es necesario imitar todos los movimientos de un par de palomas y a cuya imitación la índole picaresca de los infles (sic) daba animación retratando el acto de *cubrir* el palomo a su hembra.

Uno de los niños que jugaban no quería nunca *cubrir* , y se prestaba a ser *cubierto* : separado durante diez años de ese niño, el narrador lo vino a

²⁹ Para profundizar en los *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*, ver Ben (2009), Mailhe (2016) Salessi (1995) y.

³⁰ “nasciturus” es la palabra correcta.

encontrar al cabo de ese tiempo entregado a la pederastia pasiva. (Lugones 2011b, 168)

Casi diez años después de que Lugones señalara los peligros de la homosexualidad en los colegios e internados y de su emergencia en los juegos de la infancia, Eugenio Cambaceres, en su última novela, *En la sangre* (1887), narraba, muy brevemente, una de las primeras representaciones de la homosexualidad infantil de la novela argentina:

Como murciélagos que ganan el refugio de sus nichos, a dormir, a jugar, antes que acaba el sueño por rendirlos, tirábanse en fin acá y allá, por los rincones. Jugaban a *los hombres y las mujeres*; hacían de *ellos* los más grandes, de *ellas* los más pequeños, y, como en un manto de vergüenza, envueltos entre tinieblas, contagiados por el veneno del vicio hasta lo íntimo del alma, de a dos por el suelo, revolcándose se ensayaban en imitar el ejemplo de sus padres, parodiaban las escenas de los cuartos redondos de conventillo con todos los secretos refinamientos de una precoz y ya profunda corrupción. (Cambaceres 1993, 54; destacado nuestro)

En esta escena, la acción del medio es central,³¹ la promiscuidad y la delincuencia imperan en las calles y en los conventillos. Como sucede en *La Taberna*, ambientada en un barrio popular de París, en el que domina la pobreza, la violencia y el alcohol, en la novela de Cambaceres el vecindario de los inmigrantes se constituye en un ámbito corrompido, que es el que aporta el modelo de conducta de los niños, entre los que se cuenta Genaro. Esta construcción de infancias “desviadas” se alinea con la intención central de la novela, es decir, la estigmatización de los inmigrantes, sobre quienes se concentran todas aquellas imágenes tendientes a demonizarlos: delincuentes, simuladores, materialistas, advenedizos y, en esta escena en particular, también se los conecta con la homosexualidad.³²

El pasaje de Lugones guarda algunas similitudes con el que escribió unos años después el autor de *Potpourri*: en primer lugar, en los dos textos aparece la idea de que la homosexualidad se lleva *en la sangre* y que se manifiesta de manera precoz en la infancia. En segundo lugar, los juegos están basados en la imitación, el que describe Lugones remeda el comportamiento de las palomas y el de Cambaceres, las escenas de alcoba de los padres en “los cuartos redondos de los conventillos”. De este modo, Cambaceres pone en evidencia la vida promiscua de los inmigrantes, pero obviamente

³¹ “Y empezó entonces Genaro la vida andariega del pilluelo, la existencia errante, sin freno ni control, del muchacho callejero, avezado, hecho desde chico a toda *la perversión baja y brutal del medio en que se educó*” (Cambaceres 1993, 53, destacado nuestro).

³² Las representaciones literarias de la élite frecuentemente retrataron a los inmigrantes italianos como criminales cuyas patologías sexuales amenazaban el futuro de la nación (Ben 2009, 28).

no con la intención de denunciar el hacinamiento y la precariedad habitacional en la que vivían, sino con la de afirmar la naturaleza depravada y patológica de estos sectores. Como se puede observar, en ambos textos los nombres de los juegos están colocados en bastardillas. Aunque no se puede saber si estas marcas corresponden a los autores o bien a los editores, lo que nos interesa es que, por un lado, los nombres de los juegos son signos del pudor; y las bastardillas marcan el eufemismo, como avisándole al lector que esa frase debe leerse de *otro* modo.

Las afinidades que señalamos entre el texto de Lugones y el de Cambaceres se explican en que ambos autores abrevan en el mismo modelo: el naturalismo zoliano, particularmente *La taberna*, novela que, como hemos dicho, había tenido una amplia circulación en Buenos Aires a fines de la década del setenta, y además había estado acompañada de un resonante escándalo. En la novela, Zola había creado imágenes de infancia en las que el juego se entramaba con alguna forma de sexualidad descontrolada o “desviada”. Nana, hija de Gervaise Macquart, la planchadora protagonista de la obra, participa de los juegos típicos de los niños pobres de un barrio popular de París: “La traviesa muchacha (Nana) andaba siempre jugando a hacer de mamá. Desnudaba a los más pequeños para volverlos a vestir, y quería registrar a los otros por todas partes. La verdad es que los manoseaba y ejercía sobre ellos un despotismo caprichoso de muchacha dada al vicio” (Zola 1978, 158).

Conclusión

Los textos que Benigno Lugones escribe a fines de los años setenta y principios de la década del ochenta, tanto en diarios como en revistas y publicaciones pertenecientes a asociaciones científicas, configuran un dispositivo dedicado a la representación del *otro* homosexual como sujeto abyecto, enfermo, y delincuente.

“Pródromo a una descripción de la pederastia pasiva” puede ser considerado como un texto central del positivismo argentino acerca de la homosexualidad. Su importancia no sólo radica en la instalación de una temática que todavía no formaba parte de los tópicos de una ciencia en ciernes, y mucho menos del discurso periodístico-literario, sino también porque, como hemos señalado, produce un quiebre en el lenguaje de entonces, desafiando los alcances de la lengua con que se escribía tanto literatura, periodismo como textos científicos. Consideramos a Lugones como un pliegue singular de la producción discursiva de la segunda mitad del siglo XIX, como un autor que inició un movimiento de ampliación del lenguaje que luego,

en la década de 1920 y en el plano literario, tendrá uno de los momentos de mayor agitación.

En su imagen convergen y se articulan el discurso periodístico-literario moderno y el discurso científico/médico-legal. Su formación en la Facultad de Medicina y su paso por la institución policial lo dotaron de un registro en el que confluyeron dos aspectos: por un lado, una vocación de análisis profundo del mundo del hampa y de los márgenes desde una perspectiva científica, en la que se aprecian taxonomías y clasificaciones de esa sociabilidad. Y por otro lado, el interés por la lengua, particularmente sobre el lunfardo, que no sólo se ocupó de estudiar sino que también lo utilizó en sus crónicas y folletines. En esta confluencia discursiva se configura la experiencia naturalista de Lugones.

Bibliografía

Textos primarios

- “Los maricones”. 1862. *La Nación Argentina*. 21.11.1862. 1.
- Arragaray, Lucas. 1902. “Obsesión sexual: la mirada masturbadora”. En: *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*. Buenos Aires. 273-275.
- Cambaceres, Eugenio. 1993. *En la sangre*. Buenos Aires: Colihue.
- Cané, Miguel. 1966. “A propósito de *Sin rumbo*”. [*Sud América* N° 408, 30 de octubre de 1885]. En: Frugoni de Fritzsche, Teresita. *El naturalismo en Buenos Aires*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. 71-81
- García Mérou, Martín. 1915. *Recuerdo literarios*. Buenos Aires: La Cultura Argentina.
- Gómez, Eusebio. 2011. *La mala vida en Buenos Aires*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Goyena, Pedro. 1966. “Potpourri – Silbidos de un vago”. [*La Unión*, 11 de noviembre de 1882]. En: Frugoni de Fritzsche, Teresita. *El naturalismo en Buenos Aires*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. 64-70.
- Gutiérrez, Juan María. 1874. “Nota a ‘El matadero’”. En: Echeverría, Esteban. *Obras completas de D. Esteban Echeverría. Tomo V. Escritos en prosa*. Buenos Aires: Imprenta y Librerías de Mayo. 209-214.

- Ingenieros, José. 1902. “Fetichista con hermafroditismo psico activo y alucinaciones eróticas del olfato”. En: *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*. Buenos Aires. 616-621.
- _____. 1916. *Criminología*. Buenos Aires: Imprenta de L. J. Rosso y Cía.
- Lugones, Benigno. 2011a. “Carta literaria”. En *Crónicas, folletines y otros escritos (1879-1884)*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional. 154-151.
- _____. 2011b. “Pródromo a una descripción de la pederastia pasiva”. En *Crónicas, folletines y otros escritos (1879-1884)*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional. 163-170.
- _____. 2011c. “Una historia verosímil”. En *Crónicas, folletines y otros escritos (1879-1884)*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional. 131-139.
- Ramos Mejía, José María. 1902. *Un caso de erotismo psíquico senil*, *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*. En: Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines. Buenos Aires. 41-43.
- Veyga, F. de. 1902. “Inversión sexual congénita”. En: *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*. Buenos Aires. 44-48.
- _____. 1903. “La inversión sexual adquirida”. En *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*. Buenos Aires. 193-208.
- Zola, Emile. 1978. *La taberna*. Barcelona: Bruguera.

Textos críticos

- Ben, Pablo. 2009. *Male Sexuality, the Popular Classes and the State: Buenos Aires, 1880-1955*. Chicago: The University of Chicago.
- Conde, Oscar. 2011. *Lunfardo*. Buenos Aires: Taurus.
- Espósito, Fabio. 2009. *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores y la ciudad (1880-1890)*. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Foucault, Michel. 2014. *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Frugoni de Fritzsche, Teresita. 1966. *El naturalismo en Buenos Aires*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Galeano, Diego. 2009. *Escritores, detectives y archivistas: la cultura policial en Buenos Aires, 1821-1910*. Buenos Aires: Teseo.
- _____. 2011. “Estudio preliminar”. En: Lugones, Benigno. *Crónicas, folletines y otros escritos (1879-1884)*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional: 9-96.

- Gasparini, Sandra. 2012. "El Círculo Científico Literario (¿1878?-1879)". En: *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 16: 175-178.
- Gnutzman, Rita. 1998. *La novela naturalista argentina (1880-1900)*. Amsterdam/Atlanta: Rodopi.
- Gobello, José. 1953. *Lunfardía*. Buenos Aires: Argos.
- González Leandri, Ricardo. 2008. "José M. Ramos Mejía. Médico, intelectual y funcionario del Estado (1870-1900)". En: Álvarez, A. y A. Carbonetti (eds.). *Saberes y prácticas médicas en la Argentina: un recorrido por historias de vida*. Mar del Plata: UEDEM: 98-105.
- Laera, Alejandra. 2003. *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentina de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Macey, David. 1994. *Michael Foucault*. Paris: Éditions Gallimard.
- Mailhe, Alejandra. 2016. *Archivos de psiquiatría y criminología 1902-1913: concepciones de la alteridad social y del sujeto femenino*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Biblioteca Orbis Tertius.
<http://bibliotecaorbistertius.fahce.unlp.edu.ar/11.%20Mailhe.pdf>
- Marun, Gioconda. 1989. "Revista literaria (Buenos Aires, 1879), una ignorada publicación del modernismo argentino". En: *Revista Iberoamericana*, N° 146-147, vol. LV: 63-88.
- Nouzeilles, Gabriela. 2000. *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Oliveto, Mariano. 2016. *La lengua literaria en la Argentina de 1920*. Buenos Aires: Teseo.
- Salessi, Jorge. 1995. *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina (Buenos Aires: 1871-1914)*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Schlickers, Sabine. 2003. *El lado oscuro de la modernización: estudios sobre la novela naturalista hispanoamericana*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- Soler Cañas, Luis. 1965. *Orígenes de la literatura lunfarda*. Buenos Aires: Siglo XX.
- Souza, Pablo A. 2014. *Una "República de las Ciencias Médicas" para el desierto argentino. El Círculo Médico Argentino y la inscripción de un programa experimental en las ciencias médicas de Buenos Aires (1875-1914)*. Buenos Aires: Filodigital – UBA.
- _____. 2007. "El Círculo Médico Argentino y su papel en la configuración del pensamiento médico clínico (Buenos Aires 1875-1883)". En: *Entrepasados* N° 31: 141-159.

- Pierce Joseph M. 2018. “El año dilatado: un siglo de deseo pederasta en América Latina”. En: Falconí Trávez, Diego, ed. *Inflexión marica. Escrituras del descalabro gay en América Latina*. Barcelona: Egales. 25-40.
- Terán, Oscar. 2000. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.